

SOCIEDAD DE CONSUMO, INSERCIÓN Y DESINSERCIÓN

Ana Laura Piovano

Resumen

El presente trabajo sienta sus bases en la primera parte del título de nuestra investigación “la clínica en lo social: inserción y desinserción en las adicciones a las drogas”, a saber, “De la clínica en lo social”.

Introducir el sintagma “sociedad de consumo” enmarca algo del empuje de nuestro vertiginoso tiempo. El punto de partida es considerar la clínica diferenciada de la práctica, esto es, como una elucubración de saber respecto de ella y lo social como un entramado complejo que va cambiando de caracterización según la época. Subrayando el “en,” enfatizamos un abordaje del fenómeno del consumo de sustancias tanto legales como ilegales, desde una práctica particular de discurso como es el psicoanálisis de orientación lacaniana. Nuestro objetivo es investigar el padecimiento en la civilización actual haciendo uso de cierta hipótesis económica que situaremos como cinismo de consumo.

La paradoja freudiana localizada por Ernesto Sinatra (1996) “el clímax del placer coincide con la abolición misma del sujeto. La toxicidad del goce, mata” es el cristal desde el cual interrogar si una práctica prescinde o no del lazo al Otro. Si en el aparato psíquico mismo se advierte una “autotoxicomanía” (Sinatra, 1996: 161), las diferentes modalidades habrán de presentarnos distintas enfermedades del consumo. No siendo el mismo el valor de uso del tóxico, al fin y al cabo el objeto droga se ve afectado también por los avatares del mercado y la tendencia a la segregación, no solamente cuando se advierte la pendiente delincuencial.

Conforme la observación realizada por Éric Laurent, los “toxicómanos verdaderos”, encarnan, en tanto puede ser cualquiera, el producto a consumir o ser consumido, una vertiente paradójica.

Ernesto Sinatra la enuncia de este modo:

Tal vez cínicos decididos en su goce (y que pretendían, querían, autoerótico) cínicos que se querían libertados –de las ataduras del falo en su conexión en con la castración, gozando por fuera del fantasma y rehusando jugar su apuesta con el partenaire sexuado-, deberán, sin embargo, dirigirse a Otro referente aún

más implacable que las cogitaciones del pensamiento: el mercado mismo como Otro" (Sinatra, 1996: 168)

Subrayado así el intento de prescindir del lazo como un rasgo que, si bien no se aviene a universalización alguna, nos resulta de radical importancia, sostenemos que puede producirse tanto inserción como desinserción en el consumo de sustancias tóxicas. Esa diferencia, fundamentalmente orientadora para nuestra inserción como practicantes también en el ámbito institucional, hace a la elaboración del presente proyecto.

Introducción

El presente trabajo toma de la investigación "La clínica en lo social: inserción y desinserción en las adicciones a las drogas" el costado por el cual, un paso más acá de la sociología, podemos abordar la circulación de objetos en su doble cara de significante y goce en el tiempo en el cual inscribimos nuestra acción como practicantes del psicoanálisis. El objetivo es investigar el padecimiento en la civilización actual explorando la idea económica del cinismo de consumo a fin de establecer si es atinado hacer uso de ella como hipótesis auxiliar.

El cinismo, lo sabemos, poco tiene de nuevo. Como escuela filosófica, nace en la Grecia helénica. Alejados de todo consumo, aquellos cínicos, en franca disyunción con el Amo antiguo, encarnado entonces en la figura de Alejandro Magno, cultivaban un estilo de vida alejado de todo consumo.

Conocida es la aspiración de Diógenes de Sínope (retratada cuatro siglos después por Diógenes de Laertes) de poder satisfacer su hambre como su apetito sexual, simplemente frotándose la panza. Consumir nada, denuncia una civilización esclavista y represora que no es la nuestra.

Hoy, los cínicos vulgares, lejos de aquellos primeros cínicos, se amalgaman con los pequeños amos de turno, a sabiendas de que la garantía no está en el ultimísimo teléfono, que desde el nacimiento cuenta con una obsolescencia programada.

En el marco de nuestro abordaje, situamos el cinismo, diferenciado de la canallada, como una posición ética que se caracteriza por el desprecio por los semblantes.

Del consumo tóxico en los tiempos que corren

El siglo XX trajo consigo un aumento de la velocidad y volumen que los tiempos actuales han potenciado. En la etapa previa a lo que se conoce como momento dorado del capitalismo, la filosofía comercial contiene la idea de vender la máxima cantidad de

productos con un pequeño margen de beneficios. De este modo, se ponen los productos al alcance de las masas.

Como sintagma, "sociedad de consumo" pertenece al siglo pasado; se acuña en los primeros decenios, se populariza promediándolo y en su devenir hacia la actualidad encuentra total vigencia.

En abril de 1959, Vance Packard, economista, sociólogo y escritor norteamericano, publica su estudio *The hidden persuaders*, traducido al español como *Las formas ocultas de la propaganda*, cuyas ventas superan el millón de ejemplares. En 1980 realiza una revisión, incorporando un epílogo. Debemos a este investigador una idea de "obsolescencia programada" que hoy resulta insoslayable. Packard llama "psicoanálisis de masas" (1989) al uso de ciertos saberes en campañas y lo considera una "industria multimillonaria" de "persuasores profesionales" (Packard, 1987:9).

Diversos análisis consideran la presente como sociedad de consumo o hiperconsumo (Bauman, 2007). Ahora bien, en la última parte del siglo XX se produce una transformación en los procesos productivos, bajo una reorganización del trabajo, los salarios y un desmantelamiento de las instituciones del Estado de bienestar; en la sociedad de consumidores se persigue el logro de una vida feliz. (Bauman, 2007). La felicidad se presenta como objetivo supremo en esta sociedad, la cual es "quizá la única en la historia humana que promete felicidad en la *vida terrenal*, felicidad *aquí y ahora* y en *todos* los 'ahoras' siguientes, es decir, felicidad instantánea y perpetua" (Bauman, 2007: 67).

La mercancía conlleva en sí misma cierto valor adictivo en el circuito del consumo en la medida en que se instala (amalgamada con el discurso capitalista) cierta promesa de sutura de la hiancia estructural humana en el mercado.

Las drogas legales o ilegales avanzan vertiginosamente, sustituyéndose a un ritmo imparable, haciendo como si el goce suplementario -la relación de proporción sexual entre hombres y mujeres- existiera.

La bipolaridad consumista se hamaca entre la euforia exitosa y la tristeza vacía. Sea cual sea el tóxico, la inminente separación del Otro se presentifica como un riesgo nefasto.

El cinismo conlleva tal separación. Por lo tanto, damos un paso más y preguntamos: ¿Puede la droga, que pareciera ser nexo en la relación con los otros, desenganchar al sujeto del inconsciente?

Lo cierto es que el Otro de la civilización se encuentra siempre en juego, incluso cuando brille por su ausencia. No hay uso de la droga por fuera de un contexto de discurso y es por eso que insistimos en la contradicción que se instala en el núcleo mismo de la economía pulsional. No se trata de para qué sirve, puede no tener ninguna utilidad, adquiriendo así un puro valor de goce.

El *pharmakon*, a la vez remedio y veneno, cuchillo y herida, adquiere diversas funciones; no va de suyo que implique ni un desenganche ni un modo de reenganche al Otro. Claro está, la droga como artificio no sería tan exitosa si la angustia fuese solo un fenómeno contingente, en la medida en que por poder extraer la falta de la falta permite romper con el goce fálico fuera del cuerpo haciéndolo consistir.

La problemática del goce, inserta en la cultura del consumo, impregna las formas de estructuración del lazo social. La sociedad de consumidores habría de constituirse, además, en un cambio en la referencia del tiempo, volviéndose, en términos de Bauman (2007), una civilización del "ahorismo".

Introducir el sintagma "sociedad de consumo", enmarca algo del empuje de nuestro vertiginoso tiempo. Subrayaremos el componente del circuito del consumo de mercancías y la retroalimentación garantizada: el valor adictivo se encuentra encerrado y en cierto modo protegido en el producto de consumo mismo.

Ante la hiancia estructural, universal negativo que el psicoanálisis introduce en términos de la inexistencia de la proporción sexual entres los sexos, ante el vacío universal de un goce imposible, nos lanzamos hacia una infinitización acelerada.

Ahora bien, ¿cómo afecta esto nuestro quehacer cotidiano frente al padecimiento de quienes nos consultan?

La clínica no es la práctica. Diferenciada de ella, supone una elucubración de saber que es nuestra responsabilidad exponer a fin de interrogar en cada ocasión los resortes de su eficacia. Insertos de un modo muy particular, lo cierto es que cada vez son más los psicoanalistas que desarrollan su práctica en las instituciones.

No son, por cierto, los universales psicoanalíticos los pilares donde asienta sus bases la orientación de la acción. Si fuera así, mucho más cuando se insista en el sacrificio del consumo, se trataría de una operación en riesgo permanente de segregación. La operación de la que se trata se efectúa a contrapelo.

La paradoja freudiana localizada por Ernesto Sinatra (1996) "el climax del placer coincide con la abolición misma del sujeto. La toxicidad del goce, mata" es el cristal desde el cual interrogar si una práctica prescinde o no del lazo al Otro.

Si en el aparato psíquico mismo se advierte una "autotoxicomanía" (Sinatra, 1996: 161), las diferentes modalidades habrán de presentarnos distintas enfermedades del consumo.

No es uno solo el valor de uso del tóxico; al fin y al cabo el objeto droga se ve afectado también por los avatares del mercado y la tendencia a la segregación, no solamente cuando se advierte la pendiente delincinencial.

Conforme la observación realizada por Éric Laurent, los “toxicómanos verdaderos” encarnan, en tanto puede ser cualquiera, en producto a consumir o ser consumido, una vertiente paradójica. El uso del objeto droga, como modo de extracción de la angustia, hace las veces de soporte de mantenimiento de la consistencia del cuerpo.

La enuncia de este modo (1996):

Tal vez cínicos decididos en su goce (y que pretendían, querían, autoerótico) cínicos que se querían libertados –de las ataduras del falo en su conexión en con la castración, gozando por fuera del fantasma y rehusando jugar su apuesta con el partenaire sexuado-, deberán, sin embargo, dirigirse a Otro referente aún más implacable que las cogitaciones del pensamiento: el mercado mismo como Otro (168).

Jugando con el equívoco nombre del vigésimo primer seminario de Jacques Lacan (en francés *Les non dupes errent*), Laurent titula, veintidós años después, una clase en el Departamento de Toxicomanía y Alcoholismo “Los no incautos del consumo yerran”.

En ese marco, en el esfuerzo de intentar localizar lo que hace a la sustancia del consumidor en su subjetividad como individuo de las masas, se lanza al desafío de ubicar la posición que corresponde al consumidor en la lógica del consumo, el mercado y el estado actual de la civilización.

Por cierto, la solidaridad entre la constitución del consumidor (del individuo, o el indiviso, consumidor) y la lógica del consumo múltiple es sólida.

Lo que otrora se llamara “toxicomanía generalizada” en la lógica del consumo, Fabián Naparstek, psicoanalista argentino que dictara clases en el último curso de actualización docente organizado por la Secretaría de Posgrado y nuestra cátedra (Psicología Clínica de Adultos y Gerontes), lo denomina “adixiones”, incluyendo la x y remarcando la fijación de goce.

El filósofo alemán Peter Sloterdijk se vuelve una fundamental referencia en la lectura de la subjetividad de la época en la medida en que se encarga en subrayar la dicotomía entre la embriaguez y la sobriedad. Sabemos que, muy particularmente en aquellos grupos como Alcohólicos Anónimos, la obediencia “solo por hoy” introduce la contabilidad de las jornadas en las que el sujeto puede decir de sí que está “limpio”.

Hace al tratamiento biopolítico del cuerpo promover la conducta, como antídoto al exceso vertiginoso del cada vez más. Elogio de la abstinencia sacrificial, la sobriedad se define como la abstinencia del consumo. Pero, una pregunta que parece obvia: ¿acaso es posible frenar el vértigo del consumo obedeciendo?, ¿cómo darle el valor merecido a la función?

Si damos un paso más, ¿cómo no sucumbir al ideal terapéutico del bien, de la justa media aristotélica?

Jacques Lacan retoma, a la mitad de su enseñanza, ubicando a la repetición como uno de los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis, el encuentro, la *tyche*. Lo contingente que hace al azar, en el encuentro con el tóxico algo se produce. Eso que afecta el cuerpo, que atrapa y lo constituye fijándolo al consumo, taponan. Se trata del matrimonio del alcohólico con la botella, en la referencia freudiana.

Las drogas, legales e ilegales, de un modo más o menos espectacular, más o menos sutil, taponan, evitándolo, el displacer, a la vez que encarnan paradigmáticamente la modalidad de goce autoerótico, que, lejos de prescindir del objeto se amalgama con él. Por eso insistimos tanto en aislar, recortar el objeto, cernirlo, para precisar su función.

Entre la falta y el exceso, el goce autoerótico no prescinde de un objeto, sino que hace pareja con él; la cuestión es de qué objeto se trata.

La articulación entre menos y más se localiza como embriaguez y sobriedad, ubicando lo que acontece frente al consumo.

Eso que funciona como resolutorio, que ayuda a armar un cuerpo, puede constituirse acaso en aquello que amenace con hacernos sucumbir. Cuestión de *quantum*, no ignoraba Sigmund Freud en el siglo pasado el factor económico libidinal.

Si de un lado tenemos el desierto de la no relación y del otro la solución del goce fálico, los consumidores consumidos, es decir, aquellos que tratamos, se hallan en el medio, que no es precisamente justo, ni bello, ni bueno. Tanto el engaño como el desengaño se encuentran presenten en los polos que abarca la moral adictiva del consumidor.

Inexorable cuestión ética. Del bajón abstinente a la exaltación maníaca del instante en el que se tiene y sujeta; exactamente allí, entre ambas, localizamos el punto exacto de manifestación del vacío de la no relación sexual. En un reciclado permanente del proceso del consumo, queda subrayado cierto intento de prescindir del lazo.

Si bien se trata de un rasgo que no se aviene a universalización alguna, nos resulta de radical importancia. Conforme nuestra ética, que no es la ética cínica, operamos a contrapelo del cinismo de consumo que la época promueve.

Sostenemos que puede producirse tanto inserción como desinserción en el consumo de sustancias tóxicas.

Esa diferencia, fundamentalmente orientadora para nuestra inserción como practicantes del psicoanálisis también en el ámbito institucional, hace a la elaboración del presente proyecto.

Referencias bibliográficas

- Bauman, Z. (2007). *Vida de consumo*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Lacan, J. (1988). *El Seminario. Libro XI. Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós
- Laertes, D. (2013). *Vidas y anécdotas de los filósofos ilustres*. Madrid: Alianza
- Laurent, É. (1994). "Tres observaciones acerca de la toxicomanía". En *Sujeto, goce y Modernidad II*. Buenos Aires: Atuel.
- Packard, V. (1989). *Las formas ocultas de la propaganda*. Buenos Aires: Sudamericana.
- Sinatra, E. (1996). *La racionalidad del psicoanálisis*. La Paz: Plural Editores.
- Sloterdijk, P. (2003) *Crítica de la razón cínica*. Madrid: Ediciones Siruela
- Sloterdijk, P. (2001) *Extrañamiento del mundo*. Valencia: Editorial Pre-textos